

## Ramón Vinay, cantante chileno

por  
Mario Baeza

Fue en el mes de julio de 1948, el primer asombro palpable en nuestro Teatro Municipal.

Fue también el 23 de septiembre de 1969, el último aplauso maravillado y de multitud en pie.

Fue el sábado 6 de enero de este 1996 el arribo definitivo en pasos ajenos.

Años y días que marcaron el contacto directo de Chile con uno de sus rostros musicales más grandes de este siglo: Ramón Vinay.

Todo comenzó así, cuando un día 31 de agosto de 1912, nació en Chillán (¿qué tiene ese pueblo de mágico?) este Ramón que llevaría el nombre de Chile a muchísimos sitios del mundo, con gallardía y en línea de vanguardia.

Es posible que los artistas creadores se conserven en la memoria familiar o local o a veces nacional. Son contados los nuestros; entre éstos, Gabriela Mistral, Neruda, Huidobro, Matta. Pero, es cosa de milagro que los intérpretes de la danza, el teatro o la música logren un sitio expectante dentro de los miles de su clan que deambulan en todos los rincones del mundo. Pocos tenemos en Chile. Quizás Rosa Renard, sin duda Arrau, y éste, nuestro Vinay.

Es que no es fácil destacar entre tanto bien recomendado. Hay que tener realmente talento si se quiere competir, como chileno o latinoamericano, frente al mundo de las ofertas artísticas internacionales.

Ramón Vinay fue uno de aquellos tocados por esa fortuna. Nadie sospechó, por cierto, que ese muchachito que, en 1919, cantaba el Himno Nacional con su voz de pájaro risueño podría ser un día admiración mundial, como nadie pensó diez años antes que Claudito, el niño de doña Lucrecia, podría conquistar el mundo con su piano.

Ramón no se quedó allí. Poco ambiente había para estudios serios en el callejero de Chillán. A los 18, cuando en Chile había regodeos con la primera presidencia de Ibáñez, Ramón partió a México. Cosas de familia. Se estableció en la ciudad capital y mucho más tarde en Puebla, en donde armaría hogar y muros para sus dos hijos. Llevaba el virus en la sangre: el teatro con música. Con su pandilla de compañeros arma "veladas" en que ya canta al viejo paletó de las *Bohème* de Puccini y, casi al instante, al inaugurarse el Palacio de Bellas Artes de Ciudad de México, es todo un Alfonso XI en *La favorita* de Donizetti. Él y muchos piensan que es un barítono y, por eso, toma el traje de Rigoletto, del Conde de Luna o del fiero Scarpia.

Ya, con sucesivas experiencias, Ramón Vinay dio su primer gran salto mortal al presentarse cantando, ahora como tenor, —el papel de Don José—, en *Carmen*, primeramente en México en 1943 y luego, ¡qué conquista! en el New York City Center y poco más tarde en el Metropolitan, desde 1945 hasta 1961.

En este pasco entre barítono de la *Bohème* y *La favorita* y tenor en *Carmen* y

*Otello*, se atisba ya su soberbio registro de tenor dramático. Ello va a caracterizar, en gran medida, la carrera de cuarenta años de Ramón Vinay quien sabe afrontar con esplendor ambos registros, fenómeno no frecuente. En las postrimerías brillantes de su carrera, ello le permitió, en un rasgo de humor muy suyo, interpretar en esa función memorable de 1969, en el Teatro Municipal de Santiago, el papel del Moro y Iago.

Fue sin embargo en 1947, a los treinta y seis años, cuando comienza su consagración mundial. Se le elige para interpretar en la Scala de Milán el papel que será su consagración definitiva, *Otello*, papel que repetiría en los mejores sitios del mundo, incluyendo el Festival de Salzburgo y el Covent Garden de Londres.

Constituye ya consenso universal que nadie hasta hoy ha hecho del moro de Venecia, en la creación Shakespeare-Verdi, un personaje más acabado, más terrible, heroico y conmovedor como Vinay. Es que además el chillanejo, como gustaba llamarse, fue un actor de primera línea que unía a una figura de prestancia nobilísima un sentido de la escena que pocos podrán igualar. Era frecuente que este ánimo actoral se le deslizara, sin quererlo casi, o queriéndolo, en su conducta diaria. Fuimos testigos en Chile de estas dotes histriónicas superlativas. Toscanini, que bien sabía lo que hacía, para poner timbre definitivo, elegiría a Vinay para su célebre grabación del *Otello*.

Gozamos de su presencia en nuestras temporadas operísticas en los años 1948, 1950, 1967, 1968 y 1969, siempre con una recepción incomparable y, por parte de Vinay, con una entrega conmovedora: "En Chillán no hay un hombre más orgulloso que yo, gritó públicamente en 1967, porque nunca me ha sonado la palabra Chillán tan linda como pronunciándola aquí entre ustedes". Y no era frase para la galería. Él lo sentía profundamente. Aun la crítica chilena, exigente y todo, fue con Vinay clamorosa: Juan Orrego, el compositor, crítico de música de "El Mercurio", escribía ya en 1947: "La actuación de Ramón Vinay en *Otello* sería difícil de superar por artista alguno del presente o del pasado".

No se quedó solamente en este *Otello*, que ya habría bastado. Célebres fueron sus participaciones como barítono en los papeles de Iago, en *Otello*; Scarpia, en *Tosca*; Falstaff, en la ópera bufa de Verdi; Escamillo en *Carmen*; Amonastro, en *Aída*. Mucho mayores aún en los momentos en que se enfrentó con los papeles de tenor, en *Sansón y Dalila* de Saint Saëns; Don José de *Carmen*; Herodes de *Salomé*; Cavaradossi de *Tosca*, o Canio de *Pagliacci*.

En el año 1951 vino para Vinay el principio de su ubicación en otro andamio, desecho de cualquier buen cantante que se respete: participar en alguna de las óperas de Wagner. En ese año, bajo la batuta de Karajan, le correspondió cantar por primera vez el comprometedor papel de Tristán en el escenario wagneriano por excelencia, Bayreuth, y repetirlo, en forma sucesiva, anual, hasta 1957. De tal manera fue categórica esta actuación de nuestro Vinay, que ya se le estaba llamando en algunos círculos europeos con el apodo de "Tristán". No fue extraño, entonces, que el propio nieto de Wagner llegara a escribir un día a Ramón: "Sin duda nuestro abuelo estuvo pensando en un verdadero héroe al crear a Tristán, y ahora este héroe ha llegado hasta nosotros, llamándose Ramón Vinay".

Sea verdad o imaginación la anécdota, ello nos da una idea de lo que en Europa se estimaba la acción del cantante chileno, hazaña que no ha alcanzado hasta ahora ningún cantante latinoamericano. Junto a ese Tristán, le cupo allí mismo codearse con otros héroes wagnerianos: Tannhäuser, Sigmundo y Parsifal.

Como todo aquel que quiere llegar alto, salvo la excepción de los pocos genios de la humanidad, su andar fue lento y lleno de empeñosa diligencia. No se le dieron las cosas por sí solas. Debíó alcanzarlas con estudio, impaciencia, amor y maduración. Ello le hizo digno de cantar a parejas con voces incomparables del mundo entero, como Kirsten Flagstad, Dragica Martini, Renata Tebaldi, Mignon Dunn, Brigit Nilsson o Plácido Domingo.

Chile no le fue indiferente o ajeno, como ocurre no sin frecuencia con sus artistas. Siempre se le acogió con simpatía y estrecho abrazo, porque, además, Ramón Vinay era un hombre que amaba la vida y, en ella, a sus amigos; y siempre pensaba en la posibilidad de dar a la juventud aquellos bienes que la vida había proporcionado a la suya. Oficialmente, también Chile le fue liviano y, gracias a ello, en sus últimos años no tuvo que sufrir angustias por dineros, como ocurre a quienes nunca atesoraron para su tercera edad.

Al llegar a Chile, luego de ese jueves 4 de enero, último de su vida en Puebla de México, fue recibido con honores y lástimas. En el vestíbulo del Teatro Municipal le despidió Santiago, y en Chillán quedaron sus restos. El país guardó luto.

Ramón Vinay entrará ahora a la leyenda. No todos los músicos lo han logrado.